

# ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XI. — NÚM. 541

Madrid, 12 de Junio de 1930

PRECIO: 15 CÉNTS.

## LA SANTÍSIMA TRINIDAD

**M**ISTERIO grande es éste, podemos decir haciendo nuestras, y aplicándolas al dogma de la Santísima Trinidad, las palabras de San Pablo referentes al matrimonio; pero misterio como es, es una doctrina que nos está revelada por medio de hechos reales y vivos.

Cuando Cristo dijo a sus discípulos: «Id y adoctrinad a todos los gentiles, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», no hizo sino recordarles realidades que ya habían presenciado y a las que pronto darían vida. La vida personal del Maestro les había revelado al Padre y al Hijo, y las relaciones entre ambos. Ellos le habían visto viviendo constantemente en un espíritu de filial dependencia y reconociendo en cada una de sus palabras y de sus obras, un Padre, del cual procedía y al cual volvería, siendo su misión el cumplimiento de su voluntad, y habiendo venido a revelar su carácter y su naturaleza.

En sus últimas horas decía Jesús: «Esta, empero, es la vida eterna: que te conozcan a Ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado». En conformidad con esto, resumía toda su obra, diciendo: «He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste». O como dijo al principio de su ministerio: «Todas las cosas me son entregadas de mi Padre; y nadie conoció al Hijo sino el Padre; ni al Padre conoció alguno sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quisiera revelar».

Esta revelación fué hecha tanto en su modo de vivir como en su manera de hablar. La vida interna del alma del Salvador habíase manifestado a los Apóstoles, y éstos habían presenciado los actos de su relación con el Padre. «El que me ha visto a Mi — dijo Cristo a Felipe — ha visto al Padre». «El Verbo habitó entre nosotros — dice San Juan — y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre».

Jesús fué visto viviendo como un hijo en comunión con Dios y como el Hijo de Dios en comunión con su Padre; y así, los que vivieron a su lado, tuvieron ante sus ojos la manifestación de un Padre divino y de un Hijo divino. San Juan, con toda la sencillez de su lenguaje, parece repetir el carácter práctico de esta mani-

festación: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fué manifestada, y vimos, y testificamos, y os anunciamos aquella vida eterna, la cual estaba con el Padre y nos ha aparecido); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros, y nuestra comunión es verdaderamente con el Padre y con su Hijo Jesucristo».

Cuando Jesús mandó a sus discípulos que bautizaran en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, les hablaba del Padre y del Hijo, a los cuales ellos habían visto, en el sentido que dice San Juan. Del mismo modo, les hablaba de aquella Persona que había prometido enviarles, y que sería para ellos lo que Él mismo fué mientras estuvo con ellos: un Abogado y un Consolador, que los guiaría a toda verdad, el cual vino sobre ellos antes de que comenzaran la misión que el Maestro les había dado. La influencia de este Espíritu Santo también fué vista, oída y palpada por ellos, y así pudieron hablar a otros de lo que habían visto y oído.

Estos son los hechos que fueron resumidos por el Maestro en la comisión que dió a sus discípulos, como los principios más esenciales en la revelación del Evangelio. Esos principios revelan la vida divina de la cual procede toda vida, y que es una de las relaciones personales de piedad y de amor mutuos. Dentro de la misma Divinidad, y antes de que el mundo fuese, ya existía esa misma relación de piedad mutua. «Padre — dice Cristo en su última oración —, glorifícame Tú cerca de Ti mismo con aquella gloria que tuve cerca de Ti antes que el mundo fuese». Y esa relación era también de mutua glorificación: «Padre — dice también —, la hora es llegada; glorifica a tu Hijo para que también tu Hijo te glorifique a Ti».

San Pablo conviene con San Juan en presentar la suma de la Creación y de la Redención como una manifestación de las relaciones entre el Padre y el Hijo: «El cual (Cristo) es la imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda criatura, porque por Él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos y que están

en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fué creado por Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y por Él todas las cosas subsisten, y Él es la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia; Él, que es el principio, el primogénito de los muertos para que en todo tenga el primado. Por cuanto agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud».

La esencia de la vida divina, la fuente de toda vida es una vida moral, la relación de una persona a otra, amándose, honrándose, glorificándose mutuamente. Cristo vino al mundo y murió, no sólo por amor a nosotros, sino también por amor a su Padre. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna». San Juan demuestra un conocimiento directo de esta verdad, cuando dice: «Nosotros hemos visto y testificado que el Padre ha enviado al Hijo para ser Salvador del mundo».

De un modo análogo, el Espíritu Santo es enviado por el Hijo y el Padre para hacer la voluntad de éstos y no la suya propia. «Él me glorificará — dice Cristo —, porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre, mío es, por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber». Así, la Creación, la Redención y la Regeneración, constituyen una triple manifestación moral y espiritual del amor y de la piedad entre las tres Personas de la Trinidad Santísima. Y en la vida de Cristo sobre la tierra esas relaciones fueron vistas y oídas, y hoy están delante de nosotros por la revelación del Evangelio.

Ese amor entre las tres Personas de la Trinidad es la ley de gravedad del mundo moral; pero el hombre ha violado esa ley, trayendo como consecuencia el desorden físico y moral, que es su castigo. Ese mismo amor, esa misma piedad, fueron el principio que determinó la vida del hombre: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza». Esta semejanza es de mutuo amor, de mutuo afecto, de mutuo servicio. Y cuando la imagen y semejanza de Dios fué revelada a los hombres por la vida de Cristo, los que tuvieron el privilegio de ser testigos de ésta, quedaron tan absorbidos por ella, que se propusieron reprodu-



## UN DOMINGO EN PARÍS

cirila en sus propias vidas y en las vidas de los demás. «Carísimos — dice el Apóstol —, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Cualquiera que ama es nacido de Dios y conoce a Dios».

Como consecuencia de todo lo expuesto, puede observarse que la transformación de la vida, en conformidad con aquel principio, ha sido la obra característica del Cristianismo. El concepto cristiano de una vida de amor, dentro de la Divinidad, ha establecido entre los pueblos cristianos la idea del amor divino, y consiguientemente, la idea de nuestros derechos y afectos como la forma más elevada de relación entre los seres humanos. Si es deber del hijo honrar a su padre, el ejemplo de la Divinidad revela que es deber del padre favorecer la prosperidad de su hijo. Si es deber de la mujer obedecer y servir a su esposo, no es menos deber de éste rodearla de cariño y contribuir al desarrollo de toda la gracia y belleza de que sea capaz la naturaleza de ella. Si es deber del criado llevar a cabo los mandatos de su señor, también lo es de éste hacer justicia a su criado y estimar los servicios que le presta.

Como Dios nos amó, así debemos amarnos unos a otros. Nuestra relación de Él depende del hecho de que hemos sido creados a su imagen; y es apto para hacer extensivo a nosotros aquel amor paternal con que amó a su Hijo unigénito. «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios.» Nuestra más elevada gloria consiste, por tanto, en ostentar su imagen: por una parte honrándole a Él, y por otra, amando a nuestros prójimos.

La llave para una vida cristiana, en todas sus relaciones, es el amor. Toda alma humana, con la cual seamos puestos en contacto, tiene estas facultades de carácter, acción, verdad y bondad personales, y su más elevado privilegio es hacer resaltar estas excelencias por el amor a nuestro prójimo, de nuestra parte, hasta que toda la vida venga a transformarse en una escena de servicio, afecto y amor mutuos. Tal es el valor práctico, por nuestro ejemplo y saber, de la verdad de la vida personal de la Divinidad, en Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en sus relaciones personales, tanto entre uno y otro, como con nosotros mismos.

FERNANDO CABRERA

(Extractado de un sermón.)

Los versículos nos ayudan cuando los recordamos. El hombre sabio procurará más llenar su memoria de ellos que su caja de dinero.

La belleza vista existe ya en parte: en aquel que la ve. — *Bovee*.

Cristo nunca escribió una carta — que sepamos —; pero Él fué la carta de Dios a los hombres. Nuestras vidas también deben ser cartas a nuestros semejantes.

PARÍS es una gran ciudad. Casi podríamos decir que es *la ciudad*. El papel que en el mundo antiguo occidental representaba Roma, la urbe con categoría de diosa, centro de civilización y de vida refinada, lo ha heredado París. Tantas clases de gentes afluyen a la ciudad del Sena, atraídas, ya por su cultura, ya por su magnificencia, ya por sus diversiones, ya meramente por su encanto peculiar como ciudad, que no está mal el que uno, al menos, se haya detenido en su recinto para explorar algo de su vida religiosa, de su vida eclesiástica más bien, aunque París sea famoso en el mundo por cualquier otra cosa más que por su piedad.

Llegamos a París un sábado, y pronto nos echamos a la calle, con tan buena fortuna, que justamente nos hallábamos frente a la calle de Rivoli cuando los *camelots du Roi*, los jóvenes monárquicos y nacionalistas de Maurras y Daudet, desfilaban ante la estatua de Juana de Arco, cuya fiesta era o iba a ser al día siguiente, dando gritos más o menos patrióticos.

¡Juana de Arco! Singularísima figura en la historia de Francia. Una pobre campesina de Domremy, que, contemplando las desdichas de su patria, cree recibir del cielo la comisión de remediarlas. Adopta, ella, una joven de diecisiete años, los arcos militares, arenga a las tropas, contagia de su entusiasmo y de su esperanza a los abatidos guerreros, y logra coronar en Reims a Carlos VII. Los ingleses van evacuando el terreno invadido. Francia se rehace. Pero cuando la estrella guerrera de esta capitana se nubla, es vendida a los ingleses y abandonada a las decisiones de un tribunal eclesiástico inglés, que a nombre de la Iglesia de Roma, la condena, por hereje. Antes que ceder en cuanto al origen celestial de su comisión o poner en duda la realidad de las *voces* que ella decía haber oído, la valerosa doncella prefirió morir en la hoguera. La hereje de ayer es la santa de hoy. El patriotismo francés, exaltado de nuevo en la guerra europea, requería esta satisfacción de parte del Vaticano. Juana de Arco es, desde hace poco, no sólo una heroína nacional, sino una santa, a quien se rinde culto en los altares.

A la mañana siguiente asistimos al culto en el templo del *Oratoire*, indudablemente el más importante de la Iglesia Reformada en París. En la parte exterior de sus muros está la estatua del almirante Gaspard de Coligny, la más ilustre víctima de la noche de San Bartolomé. El templo se construyó para el culto católico romano, pero ha sido cedido a los protestantes. Es amplio y de alta bóveda. La mesa de la Comunión y el púlpito tras ella, a la manera «reformada», han

sido puestos, no en el antiguo ábside, sino en el centro mismo de la nave. Este arreglo no deja de tener sus inconvenientes, aparte de romper la armonía del edificio. El predicador tiene la gran mayoría de su auditorio, no ante sí, sino a su derecha y a su izquierda, quedando enfrente sólo unas cuantas filas de sillas y la tribuna del Consistorio o Junta parroquial. El órgano y el coro en la parte alta de la Iglesia, enfrente justamente del ábside original, contribuyen también a turbar la simetría del conjunto.

La concurrencia era numerosa, a pesar de que la mañana estaba verdaderamente desapacible. Habría unas 500 a 600 personas. La reverencia, extrema. La predicación, de un alto nivel.

Habíamos deseado oír al pastor Wilfred Monod y tuvimos la suerte de que aquel día predicaba él. La Iglesia tiene dos o quizá tres pastores. Y predicó justamente sobre Juana de Arco, tomando como texto aquellas palabras de San Pablo en Atenas: «Lo que vosotros adoráis sin conocerlo, eso os anuncio yo». Porque el predicador fué estudiando los diferentes rasgos de la fe y espíritu de Juana de Arco y encontrando en ellos otras tantas características del alma religiosa, es decir, del alma sincera, profunda y realmente religiosa. Naturalmente que esas características de adhesión a Dios: independencia de los juicios humanos, seguridad en el propio testimonio de la conciencia y prosecución generosa de una misión providencial, introducen a Juana de Arco en la gran pléyade de hombres y mujeres de fe, en el gran ejército de «almas religiosas» que, justamente por serlo de un modo genuino, han realizado más bien la concepción protestante de la vida religiosa que la católica romana. Las características tan claramente acentuadas de «alma religiosa» en Juana de Arco y las lecciones que de ello se derivaban era lo que desconocían las multitudes francesas que le rendían homenaje. Un gran sermón, dicho con gran fineza de expresión y con emoción sincera. Cada frase que perdíamos nos parecía una joya menos en aquella riqueza de conceptos.

Una gran ciudad cansa mucho, y más bien por descansar que por otra cosa, entramos, a eso de las tres de la tarde, en la *Madeleine*, el famoso templo parisino. ¿Qué podría haber a aquella hora? Pues sí que había un culto, y bastante concurrido. Unas vísperas con sermón. La música de la *Madeleine* tiene fama, y, por lo que pudimos juzgar, fama merecida. ¡Cuidado que son precisos milagros para que las horas canónicas no resulten de un sopor invencible! Pues bien, aquel organista y aquellos cantores realizaban lo imposible. La gente quedaba allí quieta, algunos con su libro, y así, el predica-



# A TRAVÉS DE LA PRENSA

## Espiritualismo triunfante.

*La plétora de procesiones que en estas últimas semanas han desfilado por las calles de infinidad de ciudades y pueblos de España, con protestas de Ayuntamientos y pueblo en algunos puntos, ha sugerido a nuestro amigo, el Sr. Torrubiano, un artículo (hermoso como todos los suyos) que ha encabezado con aquel título, y del cual reproducimos los siguientes párrafos:*

«Creo que es llegada la hora de que todos los ciudadanos españoles, católicos o acatólicos — que somos la mayoría — que anhelamos la libertad de cultos y la separación de la Iglesia y el Estado, con el más sincero respeto a todas las conciencias rectas, celebremos en la capital de la nación una magna procesión cívica, serena, cultísima... que sea expresión de la verdadera voluntad del pueblo soberano... La ley y la libertad son iguales para todos... A nosotros, como a los otros ciudadanos, prestará el Gobierno el mismo apoyo oficial; a nosotros, como a los demás ciudadanos procesionalmente manifestantes, nos acompañará brillante escolta del Ejército de la Patria, que es de todos; al paso de nuestra nutridísima procesión cívica, de tan alto sentido ciudadano y moral y tan perfectamente legal como lo sean las demás procesiones, se adornarán con sus tapices y colgaduras los edificios oficiales y de los Bancos, que viven opulentamente y negocian ampliamente con el dinero de todos.

«Nos hallamos en período constituyente. Todos los períodos constituyentes son laboriosos... Las constituciones de los pueblos se han formulado siempre tras de un largo vivir popular al influjo del pensamiento de las mayorías. Si al lado del pensamiento públicamente manifestado de un grupo de ciudadanos no ponemos inmediatamente el contraste de la manifestación en la misma forma del pensamiento de otros grupos, corremos el riesgo de sufrir pública equivocación, que oriente torcidamente el criterio de los legisladores constitucionales. Mientras la persona y la tribuna no sean libres, no nos es lícito a los hombres de la revolución dejar de manifestarnos en aquella forma que es aceptada por los Poderes públicos, como lo es, según experiencia de centenares de casos, en favor de un grupo determinado de ciudadanos, la forma callejera y de asambleas que tengan por objeto la expresión del pensamiento religioso. Pase que para todos por igual se nos tenga todavía limitada la expresión del pensamiento directamente político; mas por lo que a la expresión del pensamiento religioso se refiere — aunque en último término tiene también un significado político —, es

evidente que el Gobierno deja totalmente expedita la libertad de los ciudadanos para que se manifiesten ordenadamente como sincera, seria y legalmente les plazca. De lo contrario, no hubiera autorizado tantas procesiones no rituales, tantas manifestaciones callejeras como las comuniones del Retiro, del Cerro de los Ángeles... las concurrencias del Apostolado de la Oración, las peregrinaciones eucarísticas, etc., etc.

«Se trata de demostrar que nosotros, católicos o acatólicos, los enemigos del oficialismo religioso y de la soberbia y despótica burocracia eclesiástica, somos los más, la casi totalidad de los españoles; es preciso destruir el mito de la mayoría católico-oficial para encauzar el sentimiento religioso por vías de sinceridad...

«Esta nota aguda del pensamiento religioso es preciso darla; ahora mismo, en otoño... cuando sea; pero próximamente... esa procesión cívica, con gran contingente de niños y de mujeres, principalmente de mujeres, que proclamen por las calles su libertad religiosa, su derecho de ser cristianas o de ser racionalistas, según el dictamen leal de su conciencia, sin coacciones, sin groserías... esa procesión cívica, a la que concurrirán los hombres en número y selección jamás reunidos todavía, es algo que se impone en este laborioso período constituyente que va a decidir el porvenir de España...

«Hemos de acudir al campo de batalla con el mismo tesón, con la misma perseverancia y con las mismas armas del adversario, y aun con el mismo aparato teatral que tanta eficacia tiene en la presente psicología de nuestro pueblo; pero superándolo, claro es, en organización, en seriedad, en ciudadanía, en orden, en procedimientos de elegancia y cultura; en una palabra, en sobreabundancia de espiritualismo triunfador del grosero materialismo y formulismo que a nuestra vida ha impreso la secularmente dominadora familia clerical...

«Por algo se empieza. Hoy podemos hacer eso a no ser que nos lo impidiera a última hora una monstruosa e irritante desigualdad en favor de pequeñas minorías. Y como esa desigualdad no cabe en los procedimientos tan sensatos del Gobierno del Sr. Berenguer, vayamos a eso. Siempre en pie para acudir adonde se nos quiera que demos la batalla; tal es la confianza que merece nuestra causa.

«JAIME TORRUBIANO RIPOLL.»

*Ni que decir tiene que estamos absolutamente conformes con la idea del señor Torrubiano, y que desde luego iríamos a esa manifestación pro libertad de cultos si se celebrara.*

**Deseando dar en el próximo número una información completa de la Conferencia de Sevilla, retrasaremos unos días su publicación.**

dor tenía un auditorio bastante numeroso para su sermón. Estas *visperas* de la *Madeline*, como otras semejantes que hemos visto luego anunciadas en otras iglesias y recomendadas por su buena música, son algo como un culto protestante en la Iglesia Católica. La misa es algo tan característico y fijo, que no cabe en ella adaptación de ninguna clase. Las *visperas* es algo menos ritual y más intelectual, y, terminadas, puede haber un sermón tan largo como se quiera, pues no está encuadrado en una ceremonia. Supongo que todos los Domingos del año hay estas *visperas* musicales con sermón. Con esto, el plan de los dos cultos, matutino y vespertino, queda consagrado, no sólo para una comunidad religiosa, sino para el pueblo.

No averigüé el nombre del predicador. Hablaba más rápidamente que M. Monod, y perdí gran parte de lo que decía. Su discurso, sobre Juana de Arco, corría por líneas absolutamente contrarias a las del pastor reformado. *La foi catholique* salía a menudo en la perorata, y su final era una apasionada exhortación al patriotismo. *Il faut aimer la France*. El predicador mostraba también cómo todo amor, si es verdadero, lleva al sacrificio. Uno no podía menos de reconocer que el predicador protestante había penetrado más hondo en el alma de la heroica doncella.

Intentamos, aunque con mala fortuna, asistir a un segundo culto protestante en *L'Etoile*. La iglesia estaba cerrada. No había allí segundo culto ese Domingo. Pero el tener que ir tan al Oeste de París, nos dio la ocasión de admirar la majestuosidad de líneas de la gran ciudad. Del Arco del Triunfo parten, con la simetría de los rayos de una rueda, unas magnificas avenidas, y la vista hacia abajo, hacia la Plaza de la Concordia, es soberbia. «Dios hizo el jardín — dijo alguien — y el hombre hizo la ciudad.» Pero aun Dios mismo no ha rechazado el ideal de una ciudad, sino que lo ha adoptado para símbolo, con su simetría, belleza y riqueza, de su morada con los hombres. Hay una ciudad cuyo artifice y hacedor es Dios. Y es la única que tiene fundamentos sólidos.

ADOLFO ARAUJO.

## Después de la guerra...

Los cuarteles generales del ejército americano están muy ocupados en estos días, con los preparativos de una peregrinación de madres americanas, que irán a Francia, el próximo verano, con el fin de visitar las tumbas de sus hijos, muertos en la guerra europea. El Gobierno pagará los gastos del viaje. El primer barco, conduciendo la peregrinación de madres, saldrá en Junio. La peregrinación se compondrá de 5 a 6.000 madres, la mayoría de las cuales tienen sesenta y cinco años, y la más anciana ochenta y ocho. ¡Pobres madres!







hace más responsable del bienestar material y moral de los individuos que la forman. La interdependencia de las clases sociales es cada vez mayor, y llegará el día en que nadie podrá desentenderse de ningún problema que afecte a su vecino. Para las cosas de la vida presente, como para los más altos intereses espirituales, la experiencia demuestra que somos miembros los unos de los otros, y que, como decía un filósofo estoico, lo que es bueno para la abeja es bueno para la colmena.

LECTOR

oooooooooooooooooooooooooooo

## La Sociedad de Tratados.

### Reunión anual

La reunión anual de la Sociedad de Tratados Religiosos, de Londres, de la cual es una rama nuestra Sociedad de Publicaciones Religiosas, se celebró en Queen's Hall el 28 de Abril. La presidió el Dr. John White, el Moderador de la Iglesia de Escocia, una de las figuras más prominentes en la vida religiosa de aquel país, por haber tomado parte principalísima en la unión de las dos grandes Iglesias presbiterianas de Escocia, la del Estado y la Libre Unida, que forman actualmente una sola Iglesia verdaderamente nacional.

Era muy apropiado que un campeón de la unidad evangélica presidiera la reunión anual de una Sociedad que trabaja para ayudar a todas las Iglesias y que encuentra simpatía y apoyo en todas ellas.

El Dr. Irwin, bien conocido y estimado de muchos en España, leyó la Memoria de los trabajos de la Sociedad en su campo mundial. El año último la Sociedad ha hecho donativos de 1.826.000 tratados (cerca de dos millones de tratados) en diferentes países. En España se distribuyen anualmente unos 100.000 ejemplares, que los obreros evangélicos reciben gratuitamente.

Actualmente el país donde la obra de la lectura cristiana presenta resultados más interesantes es China. Siempre fué aquél un pueblo amante de la lectura, y ahora, a pesar de sus luchas intestinas, está bien dispuesto a recibir el mensaje evangélico. El año anterior, la circulación de las publicaciones de la Sociedad había alcanzado la cifra de siete millones de ejemplares, que superaba todos los records. Este año la circulación ha sido de once millones de ejemplares, y de éstos sólo un millón se regalaron; todos los demás fueron comprados por el pueblo.

El Dr. White, en su discurso, hizo una elocuente apología del sencillo tratado evangélico. Un tratado pequeño, bien escrito, adaptado a las necesidades actuales, tiene un valor incalculable. Hay tra-

tados que valen más que algunas obras teológicas. Son luminosos sin ser voluminosos. (El juego de palabras resulta igual en español que en inglés.) El problema para la Iglesia Cristiana es como presentar el Mensaje del Evangelio de una manera vital para el pensamiento y la vida de hoy. Es una obra de imperiosa necesidad la producción y circulación, en grandes cantidades, de libros y folletos que presenten el concepto cristiano de la vida.

Otro orador, Sir Donald Maclean, habló de la obra de la Sociedad de Tratados, como de una obra que contribuía a mejorar a los hombres. El progreso moderno está echando sobre las naciones civilizadas nuevas y más graves responsabilidades. Es imposible llevarlas sin el auxilio de una difusión más abundante de la verdad cristiana.

El último orador era el obispo de Tanganika, África Central, la región alrededor del lago del mismo nombre, que el gran misionero Livingstone fué el primer hombre blanco en cruzar. Hay allí ahora una floreciente Iglesia Cristiana, a la cual, como a toda la obra misionera en el Continente negro, la Sociedad de Tratados ha dedicado especial atención, proveiendo himnarios, gramáticas, literatura educativa y evangélica. La naciente Iglesia de África, dijo el obispo, necesita iluminación y dirección. Hay un campo vasto para tratados y libros escritos desde el punto de vista africano.

Damos gracias a Dios por las inmensas oportunidades que en todo el mundo se ofrecen a la obra de la Sociedad de Tratados. Estas oportunidades serán mayores que nunca en nuestro país, tan necesitado de una activa propaganda evangélica en esta época crítica, tal vez decisiva, de su vida nacional.

oooooooooooooooooooooooooooo

### Hoover y la Biblia.

El presidente de los Estados Unidos, Herbert Hoover, con motivo de la Convención de la Federación Nacional de Clases Bíblicas para hombres, celebrada recientemente en Baltimore, ha dicho lo siguiente: «No hay libro de tanta variedad, ni que encierre sabiduría tanta, como la Biblia. Aquel que necesitare ayuda, ya sea en relación con la ley, con el comercio, con la moralidad o con la visión, que hace a la imaginación crear empresas constructivas para la felicidad de la Humanidad, puede ir a sus páginas, seguro de que encontrará iluminación abundante. El estudio de este libro en vuestras clases bíblicas, constituye un curso de postgraduado en la más rica biblioteca de la experiencia humana. Nosotros, como una nación, debemos a este Libro de los libros nuestros ideales nacionales y nuestras instituciones representativas. La preservación de las mismas depende de la forma en que nos inspiremos en sus principios».

## Correo de América.

### MONTEVIDEO

EN Marzo de este año se reunió la Asamblea anual del Comité Evangélico Español del Uruguay, para la renovación de la Comisión Directiva, siendo reelegida por aclamación la misma por el curso de otro año.

Se acordó festejar, en el salón de actos de la Iglesia Metodista Central, la histórica fecha del 2 de Mayo, con una velada a beneficio de la construcción del templo que se proyecta en la ciudad de Sevilla.

Esta velada, que se tituló «Fiesta española», se efectuó en dicha fecha con mucho entusiasmo y buen resultado.

Dió principio el acto con el Himno Nacional uruguayo y la Marcha Real española, ejecutados en el piano por un joven profesor de música.

El presidente del Comité, D. Florencio Ochotorena, pronunció el discurso de apertura, relatando biografías de obreros espirituales y educacionistas en España, y particularmente del trabajo evangélico y la escuela de Sevilla.

El Sr. Oscar Contreras, del personal de la Asociación Cristiana de Jóvenes, de nacionalidad chilena, con gran elocuencia elogió a la madre Patria España, reivindicando su historia de la conquista y civilización de este Continente, donde surgieron veintiuna naciones independientes, que son sus hijas.

D. Isabelino Pérez, entusiasta hermano de la Iglesia del cercano pueblo de Peñarol, elevó la oración, rogando a Dios que conceda a España la libertad religiosa, igual que la disfrutamos en el Uruguay.

Un coro mixto entonó magistralmente el himno de la Raza.

Una señorita, maestra en el arte de la declamación, entusiasmó con sus recitaciones.

Siguió la velada con piezas de música española y ópera; un cuarteto de violines, el piano, y otros jóvenes, con representaciones de arte y gracia.

Siendo la media noche se retiraba la concurrencia, que llenaba el salón, llevando el ánimo gratamente impresionado, después de haber aplaudido todos aquellos actos.


La Sra. Juanita R. de Balloch, secretaria del Comité, tuvo a su cargo la preparación de la fiesta y confección del variado y artístico programa.

Estas demostraciones, festivas y benéficas, tienen el privilegio para el acercamiento del espíritu evangélico hispanoamericano con el espíritu hermano del heroico pueblo español.

MANUEL PUCH.

Montevideo, 5 de Mayo de 1930.

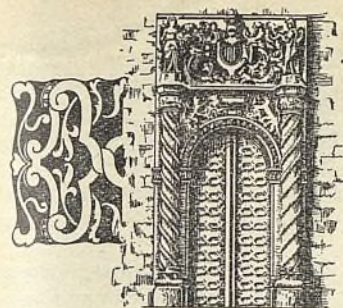
Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA



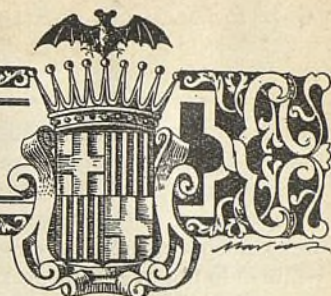






# MEMORIAS DE UN PROTESTANTE

POR  
ANTONIO VALLESPINOSA



## CAPÍTULO XII

Nuevos protestantes. — Cabrera, Soler y Alhama. El ministro Merry, de Tánger. — Mr. Clarke. — Andrés López. — Sus padecimientos. — García de la Miel; su protesta. — Carta de Herreros de Mora. El cura Heredia. — Su súplica. — Orejón; su aparición en Madrid. — Un estudiante de Teología. — Un tortosino. — Desavenencias con el Gobierno inglés.

A mi llegada a Gibraltar, mi amigo Giolma pronto me presentó a los protestantes emigrados que habían llegado durante mi ausencia. Esos señores que, como es de presumir, me recibieron con mucho gusto, fueron D. Juan Cabrera, presbítero de las Escuelas Pías, y D. Antonio Soler, cura párroco, ambos procedentes del reino de Valencia, aunque desconocidos el uno del otro y llegados en distintas fechas, y el Sr. Alhama, que con su familia había llegado de Granada.

El Sr. Cabrera, poco después de su llegada, contrajo matrimonio con una joven de unos veintinueve años, profesora de primera enseñanza, persona muy amable y bien educada. Desde su llegada tuvo que ganarse la vida dando lecciones de español a los ingleses, y especialmente a los oficiales de la guarnición. Enseñaba también varias materias de instrucción a las familias hebreas más ricas de la ciudad, como eran las hijas de Salomón Benoliel (conocido por el «Niño de oro», apodo que se le dió a causa del dinero que había malversado cuando joven), y los hijos de Vergel, comerciante riquísimo y propietario de los vapores que hacían la carrera a Marsella, tocando en Orán y Argel.

Era el mencionado Sr. Cabrera muy buen dibujante y entendía perfectamente la agrimensura. Pintó parte de una sinagoga y extendió los planos del término de Gandía, en el que figuraban bien pintadas y especificadas las huertas y viñas que contenía; era un plano de mucho mérito y dimensión, hermoso y hecho a propósito para el Municipio de aquella ciudad. Había también dibujado y hecho los planos de grandes edificios para algunos arquitectos. Tres o cuatro meses antes de la revolución de Septiembre de 1868, por haber marchado el Sr. Soler a Orán, se encargó de predicar los Domingos en la iglesia de Gibraltar, aunque gratuitamente y no como empleado, pues él continuaba dando sus lecciones particulares, con lo cual proveía a sus necesidades.

El Sr. Soler fué cura párroco de una

parroquia del reino de Valencia y se vino a Gibraltar sin recursos. A los pocos días su pobre patrona se encargó de darle su manutención, hasta que fué colocado como pastor de la Iglesia Presbiteriana. Obtenida la colocación, abrió una escuela y predicó todos los Domingos, hasta que se fué a Orán.

El Sr. Alhama, expatriado por orden del Gobierno español, se vino a Gibraltar, donde abrió una sombrerería, ganando así el sustento para él y su familia; que se componía de él, su señora, una hija de unos trece años y un hijo de unos once. Había sufrido tanto en la cárcel, que en Gibraltar se resintió su salud. Para recobrarla se fué a Tánger; mas habiendo llegado esto a oídos del ministro español de aquella ciudad, le llamó a su despacho y le notificó que no podía permanecer en aquella plaza, a menos que presentara un documento en que constara su buena conducta. Escribió pronto el Sr. Alhama al cónsul español de Gibraltar, Sr. de la Roca, quien, animado de un espíritu de imparcialidad, y respetando las creencias de ese señor, le envió un documento, en el que certificaba su buena conducta durante su estancia en Gibraltar, añadiendo que el estado de su salud, según consejo de los médicos, requería cambio de aires y para ese fin había pasado a África, donde pensaba permanecer por algún tiempo. Presentóse el Sr. Alhama con este documento al señor Merry (tal era el nombre del ministro español), el cual no pudo menos que permitirle su residencia por las cuatro o cinco semanas que intentaba pasar en aquella ciudad. Valiéndose de su posición oficial, el Sr. Merry, en su última entrevista con el Sr. Alhama, le hizo un sermón, en el que le suplicaba que, una vez que él se obstinaba en seguir la herejía del protestantismo, permitiera a lo menos que sus hijos se educaran en la religión en que habían sido bautizados. Contestóle a todo eso que el deber de un padre era educar a sus hijos en la religión que él creía ser la verdad y que, por lo tanto, no había otro medio sino el seguir con las doctrinas de la Biblia; mas cuando llegasen a la edad de discernir lo verdadero de lo falso, entonces eran libres para seguirla o dejarla, y que en esto no obraba sino como hombre sensato, y que del mismo modo probablemente obraría el señor ministro si se hallara en igual caso. El asunto quedó como antes: el señor Alhama con el protestantismo y el Sr. Merry con el romanismo. Debo adver-

tir que en esa cuestión se hallaba presente el hijo del Sr. Alhama (1).

A las cinco o seis semanas el Sr. Alhama volvió a Gibraltar bastante restablecido en su salud; pero pronto enfermó otra vez y no pudo trabajar, viéndose muy apurado con los gastos de médico y medicinas, para mantener a su familia. Merced a que se había llevado de Granada un joven de sus creencias religiosas, Alhama, aunque con poca salud, pudo descansar y seguir pasando todo lo restante del tiempo que estuvo en Gibraltar.

Hallábase también en Gibraltar el señor Clough, que se ocupaba en la distribución de Biblias y otros libros protestantes en España, y que pertenecía a la Iglesia Presbiteriana. Era un sujeto muy virtuoso, y al abrirse las puertas de la libertad se estableció en Sevilla con el Sr. Cabrera (2).

Lo que me consolaba era el ver a los españoles en el servicio divino, pues todos los que venían a Gibraltar lo primero que hacían era preguntar por una iglesia protestante y asistir a su culto, que por lo regular era el mío. Iban también muchas veces a la Iglesia Presbiteriana, donde predicaba el Sr. Soler o Cabrera, y a la Metodista. Sus congregaciones eran mucho más pequeñas que la mía. Después del servicio divino venían en seguida a la sacristía para que se les regalara la Biblia o algún libro de controversia, con el objeto de llevárselo a España.

Los españoles, lo mismo que los franceses e italianos, son protestantes por naturaleza, aunque hayan sido bautizados en la Iglesia Romana; de modo que era un gran consuelo para mí el ver que había una esperanza de predicar algún día el Evangelio con fruto a mis paisanos.

Durante mi residencia en Gibraltar, varios fueron los que vinieron a visitarme y pedirme instrucciones en materias protestantes. Sólo mencionaré los siguientes:

Andrés López, que había pertenecido al Cuerpo de Ingenieros, y que últimamente fué municipal de Málaga, habiéndosele descubierto que poseía una Biblia y que hablaba con no mucha reverencia de la Iglesia Romana, fué despedido de

(1) El hijo del Sr. Alhama se distinguió, ya hombre, por sus trabajos periodísticos, siendo el fundador de la revista *Alrededor del Mundo*. (Notas de F. C.)

(2) El Sr. Clough murió hace poco más de dos años, y hasta su muerte figuró como uno de nuestros suscriptores. (idem.)



su Cuerpo, por lo que quedó sin recursos, y temiendo lo que podría suceder se vino a Gibraltar con su esposa y una criatura de pecho. En mi entrevista le hice varias preguntas, que para mí fueron satisfactorias, y le propuse que firmara un documento, en el que constara que profesaba el protestantismo, el cual me entregó poco después, y es como sigue:

«Habiendo por la gracia de Dios venido en conocimiento de los errores de la Iglesia Romana, y estando perfectamente convencido de que la que usted dirige es puramente tal cual nuestro Señor Jesucristo nos manda, libre y espontáneamente suplico a usted se sirva admitirme y contarme como uno de sus más celosos miembros. — *Andrés López*, Gibraltar, 7 de Enero de 1866.»

Según su cédula de vecindad, Andrés López era natural de Santa María Mayor, provincia de Lugo, empadronado en el pasaje de San Ignacio, número 2. Su edad de cuarenta y tres años.

Busquéle trabajo en unas casas que por su cuenta mandó edificar el Sr. Salcroup. A la muerte de este caballero quedó despedido y tuve que socorrerle muy a menudo, según lo permitían mis circunstancias, hasta que se marchó a Madrid, donde su esposa tenía una hermana bien acomodada, que pudo ayudarles entretanto que buscaban empleo. Esos pobres infortunados se fueron a pie, pidiendo limosna gran parte del camino. De Gibraltar se dirigieron a Granada, pasando por Ronda, tardando seis semanas en llegar a Madrid.

(Se continuará.)

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

## Escuela Dominical

El Señor resucitado y la gran comisión.

22 de Junio. Mat., 28, 1-10; 16-20.

TEXTO ÁUREO: *Id y doctrinad a todos los gentiles.* — Mat., 28, 19.

Es difícil, tal vez imposible, armonizar perfectamente las narraciones de los cuatro Evangelios acerca de la resurrección. Se trata de diferentes testigos que cuentan lo que vieron en diferentes ocasiones, sin preocuparse cada uno de ellos de lo que los otros dicen. Sus narraciones llevan el sello de la sinceridad y de la honradez.

Las mujeres, «las últimas que se separaron de la cruz y las primeras que acudieron al sepulcro», fueron las primeras también que recibieron de los ángeles las nuevas de la resurrección. «No temáis vosotras». Otros tendrán que temer; no los que aman al Señor Jesucristo y sólo bienaventuranza pueden esperar de Él.

Más tarde, en el camino a la ciudad, el mismo Señor se les aparece y les saluda con la palabra «Salve»; el saludo general en griego, «regocijaos», así como «paz» era el saludo general en arameo. Los evangelistas ponen ambos saludos en los labios de Jesús resucitado, indicando la

naturalidad con que se dirigía a ellos. Su muerte y resurrección no han roto los vínculos que le unen a sus pobres e ignorantes discípulos.

Mateo da importancia especial a la aparición de Jesús en el monte de Galilea, probablemente la misma aparición «a más de quinientos hermanos juntos», de que habla Pablo (1.<sup>a</sup> Cor., 15, 6). El lugar había sido señalado por Cristo mismo (vers. 16). Era tal vez el monte sobre el cual había pronunciado las Bienaventuranzas o algún otro monte desde el cual se podían contemplar las azules aguas del mar de Galilea, en cuyas orillas había predicado tantas veces el Evangelio del Reino.

«Toda potestad me es dada». Las manos que fueron taladradas en la cruz empuñan ahora el cetro del Universo.

«Por tanto, id». La Iglesia debe emprender, llena de confianza, la tarea de evangelizar el mundo, «Doctrinad» (o, más literalmente, «haced discípulos»; el primer título que se dió a los creyen-

tes fué el de «discípulos»). El bautismo sería el rito inicial que los introduciría en la nueva comunidad, consagrándolos a Dios («bautizándolos al nombre, o hacia el nombre») tal como nos ha sido revelado por Jesucristo, como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no tres nombres, sino un nombre, un solo Dios en tres personas.

Para semejante tarea ¿dónde encontrarían el poder y la sabiduría suficientes? «Yo estoy con vosotros todos los días». Días de trabajo fructífero y gozoso, días de paciente espera, días de dura persecución, días de penoso martirio. Los apóstoles, los mártires, los misioneros, lo han experimentado en todo tiempo.



## EXTRACTO DEL CATÁLOGO DE LA SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS

FLOR ALTA, 2 y 4, 1.<sup>o</sup> - MADRID

	Pesetas.
Primera oración de Carlota (La), por H. Stretton. — 48 páginas, numerosas ilustraciones . . . . .	0,50
* ¿Por qué soy cristiano?, por Alejandro Westfal. — Un estudio profundo y claro a la vez de las pruebas experimentales del Cristianismo. . . . .	0,80
Reina blanca de Okoyong (La) (María Slessor), por W. P. Livingstone. La vida de una misionera escocesa que transformó por completo una región salvaje del Africa. Con muchas ilustraciones . . . . .	2,50
En rústica . . . . .	3,50
En cartóné . . . . .	4,—
Sortija del Rubí (La), por Mrs. Molesworth. — Una historia de hadas con provechosas lecciones. 202 páginas con ilustraciones. . . . .	2,—
En rústica . . . . .	3,50
En tela . . . . .	
Tamate. Vida y aventuras de un héroe cristiano, por R. Lovett. — La vida y trabajos de Jaime Chalmers, el «Livingstone de Nueva Guinea». Narración llena de movimiento, de interés y de estímulo espiritual. 186 páginas. . . . .	3,—
En rústica . . . . .	4,50
En tela . . . . .	
Violín de Roque (El), por L. H. Ponzoa. Cubierta ilustrada de Méndez Bringa. 48 páginas. . . . .	0,50
Versos para niños, por Carlos Araujo. — Poesías acerca de la naturaleza, de historias bíblicas y de la vida diaria. 142 páginas. . . . .	1,25
En cartóné . . . . .	
Vuelta al hogar (La), por José Moreno. — Las aventuras y el arrepentimiento de un hijo pródigo andaluz. 90 páginas. . . . .	1,—
En rústica . . . . .	2,—
En tela . . . . .	

### Láminas bíblicas, de Harold Copping.

32 láminas del Antiguo y del Nuevo Testamento, con título en español. Tamaño (sin el margen) 20 X 14 cm. Primorosamente impresas en tricromía.

La colección . . . . .	6,—
Láminas sueltas, cada una . . . . .	0,25